

Una teoría de lo infernal: auge y caída del Demonio en Occidente

Silvia Viroga

Instituto de Profesores “Artigas”

Facultad de Ciencias de la Comunicación, Universidad de la República

Muchabled (2000, p. 19) sostiene que: *“Las grandes culturas” (...)* *“tejen en torno de sus miembros redes de relación constituidas por símbolos poderosos entrecruzados, pero también prácticas concretas que endurecen el cemento colectivo uniendo al individuo con el todo, desde el nacimiento hasta la muerte” (...)* *“Aislar la religión del dominio político o de la economía de las representaciones mentales sería una mutilación inaceptable del sentido”.*

El diablo, nombre que en el Nuevo Testamento significa “el separador”, posee una larga tradición y es, en el mundo occidental y cristiano, la encarnación del mal, aunque esta concepción aparezca con desigual fuerza en Europa y en Estados Unidos.

Intentaremos mostrar el auge y caída de este personaje singular y las reacciones que ha provocado y provoca aún hoy, centrándonos especialmente en el ámbito europeo. En pleno siglo XX, 1999 concretamente, la Iglesia católica multiplicó la cantidad de sacerdotes dedicados a realizar exorcismos y definió un nuevo ritual de los mismos, reafirmando así, la existencia del Demonio, en un siglo cuyo grito inaugural ha sido “¡Dios ha muerto!” y donde el Demonio ha dejado paso a los demonios interiores y exteriores de índole tan diversa, como los aspectos siniestros del subconsciente o la búsqueda de sucedáneos espirituales, metafísicos y aún físicos, que sobrepasen y brinden las respuestas que las religiones tradicionales no otorgan.

Los orígenes

Para comenzar cronológicamente, diremos que, en el mundo hebreo, el hombre tiene la experiencia del mal tanto a nivel físico, como espiritual, pero no hay lugar para el dualismo en el Antiguo Testamento. Dios, o cualquiera de sus múltiples denominaciones, es quien envuelve al bien y al mal a la vez. Es por esto que en el Antiguo Testamento es posible ver una angelología, pero no una demonología.

Así en Génesis 6: 34, por ejemplo, se lee: *“Y dijo Yahvé: “No permanecerá por siempre mi espíritu en el hombre, porque no es más que carne. Ciento veinte años serán sus días”. Había entonces gigantes en la tierra, y también después, cuando los hijos de Dios (o sea, los ángeles) se unieron con las hijas de los hombres y les engendraron hijos; estos son los héroes famosos muy de antiguo”.*

Jacob, por su parte, pelea con un ángel como forma de redimirse de sus múltiples trampas por obtener la primogenitura, lo que constituye el mitema de la prueba del héroe. Esto le permite transmutarse, por la magia de las nominaciones, de Jacob (“el que toma por el calcañar”, “el que suplanta”) en Israel (“el

rostro de Dios”).

En el Antiguo Testamento, según Henry Ansgar Kelly (2006, ps. 18 y sigs.), la palabra hebrea “satán”, es un sustantivo común que significa “adversario” y que se tradujo al griego como “diabolos”, o sea, “diablo”. Tanto el griego como el hebreo poseen artículos definidos que dan lugar a significados opuestos. En hebreo “*el satán*” significa “*adversario*”, pero sin el artículo, satán puede significar, o bien “*un adversario*”, o bien ser nombre propio: **Satanás**.

Por el contrario, en griego, “*el diabolos*”, con artículo, es el diablo o Diablo, Demonio, que funcionan como nombres propios.

En el Libro de Job se habla de un adversario en la versión hebrea, pero en la Septuaginta (traducción griega) el ángel es el demonio, o sea, un ser llamado Demonio, pero también ángel, *malate* en hebreo, que significa “*mensajero*” o “*emisario*” tanto humano como sobre humano.

En el mito de Adán y Eva no aparece, en ningún momento, la mención del Demonio, o Satanás, o Diablo; sí se menciona a la serpiente dotada de voz que sería, en todo caso, el satán, es decir, el adversario. Es recién en el siglo II D.C. que Justino asocia, por primera vez, Satanás / serpiente.

Los judíos que tradujeron las escrituras hebreas al griego (la Septuaginta, alrededor del 200 A. C.) ponen de manifiesto las creencias en que uno de los ángeles de Dios actuó como un satán, un adversario, e incluso llegan más lejos: piensan que este satán recibía el nombre de Satanás, es decir, Demonio (este aparecería en el Libro de Job y el de Zacarías) con lo cual estaríamos en presencia de la aparición de este personaje.

El Libro de Enoc, que es una obra intertestamentaria, o sea que fue escrita con posterioridad a la mayor parte de los libros del Antiguo Testamento (a principios del siglo II A. C. probablemente) y que aparece con el hallazgo de los manuscritos del Mar Muerto, posee como revelación importante el hecho de que doscientos ángeles hijos de Dios y conocidos como “*vigilantes*” (, que aparecen ya en Daniel 1:3), pecaron cuando abandonaron su vigilancia sobre la tierra para copular con las hijas de los hombres y engendrar a los gigantes que se eliminaron entre sí, aunque su fantasma o espíritu sobrevivió para atormentar a los hombres, cosa que hicieron, pese a que Dios encerró a los ángeles en cuevas tenebrosas a la espera del Juicio Final.

Estos ángeles fueron la cuarta de las siete creaciones que tuvieron lugar el primer día:

- 1) los cielos
- 2) la tierra
- 3) las aguas
- 4) los ángeles y otros espíritus
- 5) los abismos
- 6) la oscuridad
- 7) la luz

Esta concepción aparece en Jubileos.

Es en Isaías (14) donde parecería que habría que buscar la procedencia mitológica de la figura de Lucifer, o sea, “*el que brilla*”, “*el hijo del amanecer*”.

En el citado capítulo 14:11 a 15, se lee: “*Descendió al Seol tu soberbia, y el sonido de tus arpas; gusanos serán tu cama, y gusanos te cubrirán. ¡Cómo caíste del cielo, oh Lucero hijo de la mañana! Cortado fuiste por tierra, tú que debilitabas a las naciones. Tú que decías en tu corazón: Subiré al cielo; en lo alto, junto a las estrellas de Dios, levantaré mi trono, y en el monte del testimonio me sentaré, a los lados del norte; sobre las alturas de las nubes subiré y seré semejante al Altísimo. Mas tú derribado eres hasta el Seol, a los lados del abismo*”.

De aquí se desprende que Dios creó bondadoso a Satanás y que la maldad de este es posterior a la creación del mismo.

San Agustín, por su parte, considera que el demonio fue un ángel que quiso equipararse a Dios y cayó transmitiendo el orgullo, la hybris, al hombre, quien, a su vez, también cayó.

En el Nuevo Testamento Satanás pone a prueba a Jesús y este, en Lucas 10:18 recuerda cómo Satanás cayó del cielo como un rayo: “*Y les dijo: Yo veía a Satanás caer del cielo como un rayo*”.

La palabra “*redención*” usada en el Nuevo Testamento, proviene del latín “*redemptio*” y del griego “*apolutrosis*” que significa “*liberar a un esclavo o cautivo pagando un rescate*”. La muerte de Jesús se convierte, así, en el pago, en el rescate, que facilita, propicia la redención de la humanidad.

Satanás continuó ejerciendo un papel fundamental en la historia de la humanidad. Pese a haber sido redimidas por Cristo, las almas siguieron a merced del Diablo y la posibilidad de condenación.

Existen referencias ocasionales a un Satanás amarrado y encarcelado en los abismos (Apocalipsis 20: 2,3). Dante se inspira aquí para mostrarlo en su Divina Comedia. Ya en el Libro de Daniel aparece la idea de lugares diferentes para las almas de acuerdo a su accionar bueno o malvado: “*Y muchos de los que duermen en el polvo de la tierra serán despertados, unos para vida eterna, y otros para vergüenza y confusión perpetua*”. De todas formas la imaginación popular lo seguirá viendo libre de ataduras a la hora de ejercer su poder contra la humanidad.

Alrededor del siglo IV D.C. ya está instalada la idea de que Cristo, entre el período que va de su muerte en la cruz y la resurrección, había ido al infierno, “*ad inferos*”, o sea, a los de abajo para rescatar a las almas virtuosas y llevarlas consigo al cielo.

Santo Tomás sostiene que los católicos aceptan el pecado de algunos ángeles y su conversión en demonios. El supuesto pecado cometido por estos, fue el deseo de equipararse a Dios. Para Santo Tomás, solo existe un demonio: Satanás. En la Summa Theologica, este autor sostiene que el primer pecado de un ángel es el orgullo y que el otro que puede cometer es la envidia pues todos los demás pecados tienen que ver con el apetito de la carne y, por lo tanto, quedan excluidos del ámbito angélico.

La alusión al demonio y sus ángeles aparece en Mateo 25:41: “*Entonces dirá también a los de la*

izquierda: Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles”.

El auge

Veamos ahora, cómo sigue la historia luciferina, su auge y su caída, en especial, en el mundo occidental europeo. El auge tiene lugar (Muchambled, 2000, p. 15) entre los siglos XII y XVII. En este período Satanás es representado, a veces, con rasgos que se inspiran en la divinidad celta de la caza, de la fertilidad y del otro mundo (Cernuno), otras veces aparece animalizado, se lo asocia a la serpiente, al dragón, al perro, al macho cabrío, entre otros animales. También son variadas sus denominaciones, se lo conoce como Satanás o Lucifer, pero es así mismo, Belial, Belcebú, Asmodeo.

No es casual su momento de apogeo, especialmente en Europa. Antes del siglo XII el discurso demonológico no inspira verdadero temor ni angustia escatológica y hasta el universo diabólico carece de coherencia y cohesión que legitime el poder de Satán. Ni siquiera los monstruos se asocian totalmente a él, ya que existía la creencia en una creación divina de seres monstruosos solo para mostrar a los hombres la importancia de la privación o adulteración de ciertos rasgos físicos. Lo icónico predomina en cuanto a la representación del Diablo. Pero el siglo XII trae consigo una visión cristiana del mundo dividido en bien y mal. Europa necesita afianzar nuevos sistemas políticos que le permitan proyectarse a la conquista del mundo desconocido a partir del siglo XV, la Iglesia impone su dominio espiritual y político. Se hace necesaria una nueva simbología y una concepción del mundo que ordene el caos y permita que Occidente se proyecte fuera de sí mismo.

La imagen demoníaca que, hasta ahora, había predominado en los claustros religiosos, se escapa de ellos y contamina a los laicos donde se plantean los problemas de la soberanía, la dependencia. En países donde el poder político aparece bajo nuevas formas, donde lo urbano adquiere mayor vigor, el poder de Lucifer es cada vez mayor. Los artistas lo retratan con los atributos de los reyes: el trono, la corona, el cetro, además de su gran estatura. Lo icónico posibilita lo simbólico en cuanto a la ostentación de atributos de dominio.

Infierno y Diablo pierden, sin embargo, su sentido meramente metafórico y se transforman en un mundo de pecado capaz de tentar al cristiano y obligarlo a confesarse, aterrorizado y arrepentido. Los castigos infernales que el alma soporta, son los que puede sufrir el cuerpo si el hombre no acata la justicia del rey que actúa en nombre de Dios. El poder simbólico de la Iglesia también se acentúa. El papado y los grandes reinos comparten un sentimiento unificador y la imagen triunfal de Satanás constituye una forma de control social.

Al respecto debemos aclarar, que dos son las posturas más importantes que justifican este predominio y auge del Diablo. Algunos hacen hincapié en el aspecto casi exclusivamente religioso. Una sociedad atemorizada por una fuerza sobrenatural capaz de engañar al hombre, resulta fácilmente manejable en beneficio de los poderosos. Otros prefieren afirmar que “Europa crea los instrumentos de su futura

dominación del mundo al abandonar los excesos del universo encantado produciendo un modelo social fundamentalmente jerárquico, en torno de un Dios aún más poderoso que el terrible Lucifer. Un modelo capaz de adaptarse infinitamente a todas las esferas de la actividad humana, a fin de disminuir el poder de la culpabilización individual y hacer de ella un arma de desarrollo colectivo” (Muchembled, 2000. p.38).

Los siglos XV y XVI constituyen el auge de la brujería, las hogueras y la difusión de una literatura diabólica, satánica. La demonología se transforma en una verdadera ciencia del demonio y la teoría del aquelarre, llevada adelante por los inquisidores, torna convincente la lucha primordial entre el Bien y el Mal.

El ocaso

El siglo XVII con la Ilustración, marca en Europa el crepúsculo del Diablo, el repliegue luciferino que obedece, entre otras cosas, a la importancia que adquiere lo fantástico en literatura. La Europa de este siglo sufre una profunda mutación que provoca la caída de Satanás ya que las sociedades comienzan a alejarse del temor a un demonio aterrador y a un espantoso infierno.

Este proceso no es igual en toda Europa, sin embargo, la figura del demonio pierde valor y autoridad paulatinamente. El cristianismo que se debate entre las Reformas y las guerras religiosas encuentra cierta unidad y cohesión en la adhesión a un Dios único dueño de los destinos humanos.

El debilitamiento de la creencia demoníaca coincide con la disminución y desaparición de las persecuciones contra las “brujas”. También se apoya en el auge de la ciencia y en la creencia del Mal en el ser humano. Esto lleva a la responsabilidad del hombre en su accionar; ya no es posible culpar a Dios o al Diablo.

Los aspectos icónicos y simbólicos del auge diabólico, se transforman en signos indexicales de la maldad interior que encierra el hombre.

“El demonio interior comienza su conquista de la cultura occidental” (Muchembled, 2000, 224). Sin embargo, el diablo, como figura malévola, no desaparece totalmente, aunque queda confinado casi exclusivamente a la ortodoxia dogmática de la Iglesia. El predominio del demonio interior, del lado oscuro del hombre, habilita diferentes variaciones sobre el diablo que se evidencian en el arte, especialmente en la literatura. Según Max Milner (citado por Muchembled, 2000, p. 225) es posible distinguir en el ámbito literario, cuatro grados de presencia diabólica:

- 1) El simple motivo asociado con la moda.
- 2) El emblema que encarna una idea o un vicio.
- 3) El mito.
- 4) El símbolo donde cada poeta inventa sus propias formas demoníacas.

El descreimiento en la condenación eterna y la pérdida del temor en el demonio, llevan cada vez más a la desvinculación de las religiones establecidas y a la conquista de estos temas por parte del arte.

Si la figura de Satanás sirvió para explicar las calamidades que aquejan a la humanidad y para

reforzar la imagen severa y tutelar de Dios, ahora comienza a declinar y se debilita. Ello obedece a una verdadera revolución en las mentalidades. La ciencia descubre poco a poco, que el cuerpo humano, sus características y transformaciones, no obedecen al capricho de voluntades divinas o diabólicas y surge una concepción menos trágica de la existencia.

Pensadores como Newton, Spinoza o Leibnitz comenzaron a difundir la idea de que el demonio es tan solo el símbolo del Mal presente en el hombre. Estas nuevas ideas, sin embargo, no dejaron de generar conflictos, en especial en el ámbito eclesiástico. El dogma sufre una fisura y la fe se debilita, pues si se llega a la idea de que el Diabolo no existe, entonces es posible llegar a creer que no hay Dios. Paradójicamente, el Diabolo pierde su realismo cuando ingresa a la esfera filosófica y literaria, abandonando la teológica.

El hombre comienza, cada vez más, a ser el responsable de su felicidad o desgracia y, por lo tanto, ya no puede acusar a Dios ni al Diabolo, él es el único responsable. El Diabolo va abandonando, pues, el ámbito de las prácticas sociales para recluirse en el mito y el símbolo pero esta vez con más fuerza.

La reacción a todo esto surge en algunos teólogos del siglo XVIII que postulan el fin del reino de Satanás como consecuencia de la venida de Cristo.

En el Romanticismo, el humor desdramatiza la figura diabólica que aún conserva, sin embargo, su imagen aterradora en los sermones, el catecismo, el arte religioso.

Esta persistencia de la concepción demoníaca, ya no posee, no obstante, el auge espiritual de otras épocas. El arte se encarga de que el Diabolo vuelva a ser importante, pero exorcizado por la expresión artística, donde lo fantástico (con todas las discusiones teóricas que conlleva el término y que no vamos a deslindar aquí), hace su aparición, tratando el tema de forma diversa.

Para algunos es Cazotte quien escribe el primer cuento fantástico de la literatura francesa donde se expone el tema del engaño diabólico. Para otros, se trata de un cuento simbólico o de una ficción gótica. Sea como sea, el gran burlador aparece burlado y la seriedad y terror con que se venía tratando el tema, desaparecen, aunque, paradójicamente, coloca nuevamente al Diabolo en un sitio de preferencia y genera la duda sobre su esencia y su existencia. El argumento es sencillo. Un joven español que vive despreocupadamente su vida es engañado por Belcebú, quien se aparece ante él bajo la forma de una bella muchacha (Biondetta), pero el diablo cae en su propia trampa al enamorarse de su víctima.

No es tan sencillo el final, ya que Cazotte propone varios. En la versión de 1776, se sugiere la duda respecto a si efectivamente hubo contacto sexual entre “los enamorados”, entre el súcubo y el hombre, o fue solo producto de la imaginación, pero en otra versión no publicada, triunfa el mal ya que Álvaro, poseído por el Demonio, se transforma en un simple instrumento para sembrar por todas partes el desorden y el caos. En otra versión, el Bien no triunfa totalmente, pero el Mal tampoco, ya que para atraer al protagonista, el diablo debe adquirir la forma de una muchacha casi mojonata, lo que contraría su propia naturaleza.

Poco a poco lo sobrenatural deja de estar relacionado con el diablo y se experimenta a través de apariciones, fantasmas, miedos, ilusiones. Es por tanto, como veíamos, el demonio interior, el que llevamos

dentro, el que se impone en el mundo occidental. Al convertirse en tema artístico, se cuestiona la veracidad demoníaca. El protagonista literario no es el Diablo propiamente dicho, sino las formas que este adquiere a través del miedo, el horror, la atmósfera inquietante, elementos propios del género fantástico y de la novela negra. Cuando se transforma en protagonista es el gran rebelde o un modelo a seguir para románticos y poetas malditos.

El Diablo se torna, así, más familiar, más cotidiano, pero desde un punto de vista artístico, no místico-religioso. Finalizado el miedo creado por el cristianismo ancestral, finaliza el Satanás temido y odiado. Prueba de ello es *La rebelión de Lucifer y de los ángeles rebeldes* de Delacroix, donde un Lucifer luminoso de alas oscuras es el abanderado de una revolución que rechaza cualquier forma de esclavitud y se encuentra rodeado de cuerpos desnudos que se elevan al cielo empuñando armas.

¿Un nuevo auge?

El siglo XX parece colocar al Demonio nuevamente en un primer plano, pero de forma completamente diferente.

La Iglesia católica continúa aferrada al dogma de la existencia del Diablo: Pablo VI lo confirma en 1972, en 1992 *El catecismo de la Iglesia católica* lo reafirma y en 1998 Juan Pablo II insiste sobre el tema. Lucifer sigue siendo exterior al hombre y su táctica continúa siendo la de no revelarse para que el Mal complete su desarrollo a través de la acción del individuo y de las relaciones entre las clases sociales y las naciones.

Muchemled (2000, p. 268) se pregunta: *¿Es posible rastrear al demonio en el cine, la música, el cómic, la publicidad, para ver si su fragmentación coincide con las líneas de fuerza de las civilizaciones hasta oponer, a los Estados Unidos conquistadores, la excepción francesa?*

La respuesta parece ser afirmativa. Entre los numerosos ejemplos a los que recurre para probar su teoría, solo destacaré uno. La famosa película *El Exorcista*, estrenada en 1973, tuvo, en Estados Unidos, más de treinta millones de espectadores. No ocurrió lo mismo en Francia, donde no solo no fue tan vista, sino que recibió una crítica que deploraba que el Diablo fuera definido como real, sin permitir la ambigüedad propia de la producción fantástica francesa al estilo de Cazotte.

Más allá de esta inquietud planteada por el autor, europeo obviamente, lo cierto es que existe una visión norteamericana y otra europea del Demonio, la primera más pesimista que la segunda, pero ambas en constante evolución a lo largo de la historia. La presencia del Diablo continúa haciéndose sentir, pero cada vez más se encuentra separado el ámbito religioso del social cotidiano.

No se trata de un nuevo auge del Demonio como tal, como figura terrible capaz de atraer al hombre para corromperlo y hacerlo pecar. El auge del Diablo vuelve a ser artístico y, en ese sentido, continúa la línea ya trazada en los siglos que marcan su decadencia.

El arte en el siglo XX y en lo que va del XXI, ha adquirido otras formas para representar el miedo a

lo desconocido, a la caída en el mal, en las profundas sombras del alma humana. La publicidad, el cómic, el cine, los dibujos animados, la literatura, nos ofrecen múltiples ejemplos de ello, pero la desacralización de la idea demoníaca va acompañada de un pensamiento centrado en el presente y alejado de las preocupaciones de un más allá que ya no interesa. La inmediatez es la consigna, la satisfacción del deseo ya, en este instante.

Cuando fallan las respuestas metafísicas y religiosas, el hombre se aferra al aquí y al ahora que es lo que conoce y le brinda alguna certeza. ¿Será una trampa del Demonio? Tal vez.

Bibliografía

Delumeau, Jean (1978): *La peur en Occident*. París, Fayard.

Eliade, Mircea (1962): *Méphistophélès et l'androgynie*. París, Gallimard

Klapper, Claude (2004): *Monstruos, demonios y maravillas*. Madrid, Akal.

Kelly, Henry A. (2011): *Pobre Diablo. Una biografía de Satanás*. Barcelona, Global Rhythm Press S.L.

Muchembled, Robert (2000): *Historia del Diablo*. Bs. As. Fondo de Cultura Económica